

Cristocentrismo de la elección y misión en los ejercicios ignacianos

ROGELIO GARCÍA MATEO, SJ

Como es sabido, la *elección* en los Ejercicios tiene como objetivo central “buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de la vida para la salud del ánima” (EE 1)¹. Tal objetivo se halla presente a lo largo de los Ejercicios repetidas veces (EE 155, 166, 177, 179, etc.). Pero más que una decisión humana, ella es una gracia: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos bendijo desde los cielos, con toda clase de bendición espiritual en Cristo. Por quanto en el mismo nos eligió antes de la creación del mundo, para ser en su presencia santos...” (Ef 1 3-4). La vida de Nazaret, bajo la obediencia a sus padres, constituye con la venida al Templo el marco en el que los Ejercicios encuadran este quehacer:

“Ya considerado el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos ha dado para el primer estado, que es en custodia de los mandamientos siendo él en obediencia a sus padres; y asimismo para el segundo que es de perfección evangélica, cuando quedó en el templo dejando a su padre adoptivo y a su madre natural, para vacar en puro servicio de su Padre eternal” (EE 135).

O sea, la elección vocacional tiene sus raíces en el misterio de Cristo: él es, en realidad, el único Elegido. La razón de su elección es la recapitulación de todo en Cristo, la salvación del mundo. En la carta a los Romanos (9-11) Pablo desarrolla el tema de la elección ampliando la gracia del pueblo elegido según la carne al Israel según el Espíritu: todos están destinados a la salvación, judíos y paganos, en tanto que llamados, justificados e incluso glorificados (Rm 8,30); por eso, cualquier forma de elección divina sólo es posible en Jesucristo. En cuanto Dios, el Hijo es coautor del gratuito proyecto de elección salvadora y, por consiguiente, no ha sido elegido, sino que elige, como se expresa en el llamamiento del Rey eterno: “ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular llama”(EE 95,1); pero, en cuanto hecho hombre, en su

¹ Los textos ignacianos se citan, de no indicarse lo contrario, según las siguientes siglas: EE = Ejercicios espirituales, Const = Constituciones de la Compañía de Jesús, Au = Autobiografía.

humanidad, es el Elegido (Jn 1,34; Lc 9,35)², el principio y fin de la elección de los demás seres, el “Primogénito de muchos hermanos”, por ello toda *elección* vocacional requiere, en los Ejercicios, conformación a Cristo, a su vida, a su mensaje (EE 91-189).

Llamada universal a la salvación

La distinción de dos formas de vocación cristiana comenzó a hacerse concreta con la aparición del monacato, y se fundamentó en las palabras de Jesús al joven rico, que ya vivía según los mandamientos, cuando Jesús le propuso además: “si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; después ven y sígueme” (Mt 19, 21). O sea, el estado según los *mandamientos* representaría la vida del cristiano común, mientras que la de los *consejos* (pobreza, castidad, obediencia) sería una forma facultativa para los que se sientan llamados a la perfección evangélica de los tres votos. Pero con tal interpretación, se llega fácilmente, como sucede tantas veces, a una división entre cristianos de primera y cristianos de segunda clase; y no sólo eso, sino que no se respetaría la llamada que Cristo hace a todos a ser perfectos como el Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48). Este peligro queda soslayado en los Ejercicios, al añadir que “nos debemos disponer para venir a perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir” (EE 135).

O sea, la llamada a la perfección de la santidad divina no está reservada para los cristianos consagrados con los tres votos, sino que se dirige a todo cristiano y a toda persona de buena voluntad, aunque, ciertamente, tiene aplicaciones específicas diversas según la vocación de cada uno. Tal visión coincide con la enseñanza del Vaticano II al proclamar la llamada universal a la santidad³, confirmada y explicada por el magisterio posconciliar⁴.

La contemplación de la venida de Jesús al Templo, a la edad de doce años, debe servir para disponer de inmediato al ejercitante a abordar el quehacer central de los Ejercicios: “buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de su vida para salud del ánimo” (EE 1); la persona de Cristo

² Este título aparece en momentos muy decisivos de la vida de Jesús: bautismo, transfiguración. Cf. “Elección”: *Diccionario de Teología Bíblica*, Madrid 1990, 483.

³ La Constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium* (nn. 39-42) afirma que todos los cristianos, desde el Papa hasta el último bautizado, son llamados a la santidad: *Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1Tes 4,3; Ef 1,4)”.

⁴ R. GARCÍA MATEO, *Il rapporto laico-chierico-consacrato secondo le Esortazioni Apostoliche Christifideles Laici, Pastores Davo Vobis, Vita Consecrata*: Periodica de re canonica 92(2003) 369 – 389.

tiene siempre valor de ejemplaridad, ya sea para la vida cristiana consagrada y/o clerical, como para la vida del cristiano laico. El fruto esencial de los Ejercicios no será sólo la elección vocacional para un estado de vida, sino al mismo tiempo la disposición a vivir, ya sea como laico, como clérigo o como consagrado, la perfección del seguimiento de Cristo: el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo.

Terminados los siete días de la fiesta pascual, Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres. Al echarlo de menos, comenzaron a buscarlo, “pasados los tres días le hallaron disputando en el templo, y sentado en medio de los doctores, y demandándole sus padres dónde había estado, respondió: *¿No sabéis que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?*” (EE 272,3). Pueden variar los tipos de vocación, pero en cada uno de ellos el enfoque principal debe ser poner las cosas de Dios por encima de todo lo demás. Queda claro que, para Ignacio, la perfección del amor, la plenitud del ser cristiano, no consiste sólo en elegir un estado de vida, una vocación, sino sobre todo en alcanzar la perfección del amor dentro de ella, según el seguimiento de Cristo, “que se ha hecho hombre para que más le me y le siga”. Con esta intención se inserta la meditación de las Dos Banderas, en la que se presenta la vocación y misión del que elige seguir a Cristo.

Ya el Principio y Fundamento enunció la meta trascendente a la que debe orientarse una vida que aspira de veras a la salvación: “solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”(EE 23). Con la llamada universal a la salvación se está invitando a todos a la perfección del amor. Pero mientras se está en esta vida, la salvación de la gloria está expuesta al riesgo de perderse, porque a la debilidad del ser humano se une la presencia activa del “enemigo de la natura humana”, empeñado en frustrar el plan salvífico de Dios, como se presenta en la meditaciones de la 1ª Semana. El ejercitante medita sobre el fondo de la propia culpabilidad que existe un poder que tienta tanto en la vida personal de cada uno como en toda la humanidad.

Si el Principio y Fundamento resalta la actitud del “más” en vista de la elección, la meditación del Rey eternal precisa esta actitud y la sitúa en el contexto del seguimiento de Cristo, buscando la forma personal del mejor servicio de Dios: “Quien quisiere venir conmigo ha de trabajar, esto es, pasar trabajos conmigo” (EE 95). Cristo llama a entablar en su compañía una dura y difícil acción para no ser arrastrado por el “enemigo” que, en el mismo ser humano ya ha levantado bandera. Para hacerle frente conviene concretar a qué tipo de reto uno se siente llamado; y así, como preparación, se propone la meditación de Dos Banderas (EE 136-148).

Bandera se entiende en sentido metafórico, en cuanto simboliza la trayectoria de una misión importante. La expresión referida a Cristo, “sumo capitán y señor nuestro”, y la de Lucifer, “mortal enemigo de nuestra humana natura” (EE 136), tienen su referencia en la Biblia: Heb 2,10 habla de Cristo como de un jefe y un guía cuya misión es conducir a los hombres a la salvación; y Jn 8,44 llama al demonio “homicida desde el principio”⁵.

Los dos líderes presiden, lógicamente, dos opciones opuestas: el bien y el mal que se confrontan en el mismo ser humano y en el mundo (EE 138). El conocimiento que se pide de los “engaños del mal caudillo” está ciertamente incluido en la finalidad de la meditación, aunque es sobre todo conocer y sentir internamente la persona y el mensaje de Cristo: “Conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán y gracia para le imitar” (EE 139). No es, por tanto, un conocimiento teórico o especulativo, sino sapiencial, propio de los dones del Espíritu Santo, en el sentido de Jn 17,3: “Ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo”, dicho con el Aquinate un conocimiento *per connaturalitatem*⁶.

A todos llama Cristo a la perfección del amor, y a todos, por su parte, procura el poder del mal (Lucifer) desviar de tal perfección⁷; su primera intención no es hacer pecar, sino que se llegue a renunciar a la voluntad de seguir radicalmente a Cristo, que el ejercitante ya había prometido ante el Rey eternal en la “oblación de mayor estima y momento”: “que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado” (EE 98). Apartando de tales deseos se frustra al mismo tiempo el plan que Dios tiene de construir un mundo mejor, como anticipo del reino escatológico de amor, de justicia y de paz (Ap 21).

⁵ “Ángeles / Demonios”: *Diccionario de Teología Bíblica*, ed. P. Rossano / G. Ravasi / A. Girlanda, Madrid 1982, 108s.

⁶ La connaturalidad es un modo de conocer que el Aquinate distingue de aquel que se obtiene por estudio, por reflexión filosófica o teológica, ya que procede de los dones del Espíritu Santo, en particular del don de sabiduría, la cual a su vez está íntimamente relacionada con el amor y la prudencia. Y pone el ejemplo de la virtud de la castidad, de la que se puede tener conocimiento por medio de la reflexión moral y psicológica, sin que sea vivida personalmente; en cambio, la persona que se esfuerza por vivirla está unida a ella como un hábito, y en consecuencia la conoce experiencialmente, de forma verdadera (Sth II-II, q. 45, a.2, resp.). Cf. “Conocimiento interno”: *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, vol. I, Madrid 2007, 400-408.

⁷ Ciertamente que las tentaciones pueden tener su origen en las disposiciones psíquicas de cada uno: “Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias que le atraen y seducen” (Sant 1,14). Pero la debilidad humana sólo no explica suficientemente la presencia del mal en el mundo.

El Principio y Fundamento presentó el mundo (“las demás cosas”) como un medio, y el hombre está en él como quien sabe que su fin último no se realiza en este mundo, sino que, usando adecuadamente de las cosas, esto es, no dejándose poseer por ellas, sino sirviéndose de ellas *tanto cuanto*, alcanzará ese fin trascendente (EE 23). La táctica de la bandera luciferina, en cambio, consiste en los tres escalones de “riquezas, honor del mundo, crecida soberbia” y de estos tres se pasa fácilmente “a todos los otros vicios” (EE 142), que llevan precisamente a desbaratar el orden de medios y fines que el Principio y Fundamento contemplaba, hasta el punto de que todo lo creado se considera un mero objeto “de la crecida soberbia”, un material utilizable para la prepotencia y el placer del hombre; en otras palabras: Cristo y con él Dios tiene que ser vencido, tiene que desaparecer para que el hombre pueda finalmente “dominar” y “gozar” plenamente de su mundo. Éste es el objetivo de la táctica de Lucifer, que, obviamente, no es otro que una continuación de la tentación del paraíso (Gén 3,5; EE 51). Se trata, por tanto, de una acción que pervive en muchas formas del laicismo y del ateísmo, que proclama que Dios, sobre todo el de los cristianos, es el máximo obstáculo al desarrollo y a la felicidad del hombre.

El programa de Cristo es el opuesto a Lucifer; desde el primer momento, sin paliativos ni atenuaciones, propone a los que se han determinado a seguirle que vayan hasta la suma pobreza espiritual, que estén dispuestos a vivir también la pobreza efectiva (“actual”), si fuesen llamados a ella; a esto sigue el deseo de menosprecios, “porque de estas dos cosas se sigue la humildad, de manera que sean tres escalones: el primero pobreza contra riqueza, el 2º oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el 3º humildad contra la soberbia; y de estos tres escalones induzcan a todos las otras virtudes” (EE 146), o sea, la perfección del amor en el seguimiento de Cristo.

Soberbia y humildad aquí no responden obviamente sólo a un vicio determinado o a una virtud concreta, sino que designan en realidad dos actitudes fundamentales y contrapuestas, semejantes a la contraposición que establece Agustín entre la “*civitas diaboli*” y la “*civitas Dei*”: amor propio hasta negar a Dios (Lucifer), amor de Dios hasta negarse a sí mismo (Jesucristo). En realidad el cristiano no se alista a la bandera de la cruz de Cristo, sino que es “recibido” debajo de ella, porque aquí no se trata sólo de ofrecerse con ánimo generoso a seguir a Cristo pobre y humillado, como en la meditación del Rey eternal, sino de hacer concreta esa oblación, “queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado” (EE 98). La iniciativa de la disponibilidad al seguimiento de la cruz y su realización es imposible sólo humanamente. Consciente de su impotencia, el creyente se acoge en un

“triple coloquio” (EE 144), primero a María, para que ella le alcance de su Hijo la gracia del desprendimiento de sí mismo en el servicio de la redención, significado en la humildad y la pobreza. Luego acude al Hijo para que recabe la misma gracia del Padre. Por fin se dirige al Padre que a través del Espíritu lleva al seguimiento de Cristo (Jn 6,44; 7,37-39). Hay un texto del Vaticano II que parece inspirado por esta meditación:

“Una es la santidad que cultivan, en cualquier clase de vida y de profesión, los que son guiados por el Espíritu de Dios y, obedeciendo a la voz del Padre y adorando a Dios Padre en espíritu y en verdad, *siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz*, para merecer ser compañeros de su gloria”⁸.

Con la meditación de Dos Banderas se ha adquirido una idea clara de lo que significa la perfección del amor según Cristo, pero para poder estar más seguros es necesario contrastar este deseo y comprobar hasta qué punto es sincero y firme. A esta necesidad provee la meditación de Tres Binarios (EE 149). El creyente se enfrenta consigo mismo con el propósito de sondear sus disposiciones reales al seguimiento de Cristo. Sabe ya qué es lo más grato a Dios; sabe también lo que implica el “más”, que desde el Principio y Fundamento se le ha presentado, o sea, conoce ya cuál es la voluntad de Dios en relación con su vocación, pero siempre surgen tendencias que pueden falsear u oscurecer el claro conocimiento adquirido, por ello hay que comprobar si hay veleidad, voluntad a medias o voluntad imparcial respecto a la decisión vocacional. Si no se alcanza en ningún momento la imparcialidad, la disponibilidad del “hacerse indiferente”, difícilmente se realizará una buena elección.

Son varios los textos del NT que pueden ilustrar esta falta de desapego; uno de los más claros es el del joven rico (Lc 18,18-27). Hasta ahora el ejercitante ha contemplado los misterios de la infancia y vida oculta de Jesús, profundizando en los retos que ello comporta si de veras se quiere seguir bajo la cruz de Cristo.

Llamamiento - elección

A continuación siguen las contemplaciones de los misterios de la vida pública, cuya consideración debe alternar con las deliberaciones en torno a la elección vocacional (EE 163); por tanto, hay que percatarse bien de cómo el contacto contemplativo con Cristo produce en el creyente bajo la acción

⁸ Constitución sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 41

del Espíritu mociones y sentimientos de gran importancia para el discernimiento vocacional, que tendrá lugar al final de esta 2ª. Semana. Para realizar mejor este discernimiento se continúa contemplando la escena en que Jesús se despidió de su madre y se dirige hacia el río Jordán para ser bautizado y comenzar públicamente su misión (EE 273).

El primer acto de la vida pública de Jesús comienza como uno que necesita el bautismo de penitencia de Juan. Si ya la vida de familia en Nazaret, de trabajo y de silencio no mostraba nada de divino. Al bautismo se presenta no sólo como hombre, sino como hombre pecador. Juan, al reconocerle, se resiste a bautizarle. Jesús responde: “Haz esto por el presente, porque así es menester que cumplamos toda justicia” (EE 273,2). Son algunas de las primeras palabras de la vida pública de Jesús. El *Vita Christi Cartujano*, que Ignacio conoce desde el tiempo de su conversión, comenta:

“E nombra aquí el Evangelista justicia al cumplimiento de todos los mandamientos, que es la verdadera virtud y justicia, porque ese mismo Señor y maestro cumpliese en sí mismo todo el sacramento de nuestra salud [...]. O puede significar “cumplir toda justicia”, por el cumplimiento de toda humildad, porque la mayor parte de la justicia y de la santidad es la humildad, pues para que todo hombre sea justo menester es que tenga muy cumplida virtud de verdadera humildad [...]. Despójase el Señor de la majestad así como cualquier otro hombrecillo, y el que creó los elementos se somete al simple elemento del agua...” (p. 87s.).⁹

Humildad, servicio, obediencia: actitudes esenciales del seguimiento de Cristo, como se ha expuesto en Dos Banderas. Ahora, sobre Jesús pobre y humillado, “viene el Espíritu Santo y la voz del Padre desde el cielo afirmando: Este es mi Hijo amado del que estoy muy satisfecho” (EE 273,3). Con tal teofanía la Trinidad anuncia que aquí está el que ha sido elegido y preparado desde toda la eternidad para la redención del género humano; afirmación que coincide con el primer de los cantos dedicados al Siervo de Iahvé (Is 42,1-9), pero con un cambio sustancial: en lugar de siervo, en el evangelio se dice “Hijo”.

Todo ello muestra que el bautismo de Jesús puede compararse con el envío de una actividad profética, pero no equipararse. Ningún profeta es llamado “Hijo de Dios”. Los profetas son enviados por Dios en un momento determinado. Jesús, en cambio, ha sido enviado desde su misma eternidad junto al Padre (Jn 1,1), por tanto, su bautismo no se puede reducir a la misión

⁹ Los textos de esta obra se citan según R. GARCÍA MATEO, *El misterio de la vida de Cristo en los Ejercicios ignacianos y en el “Vita Christi Cartujano”*. Antología de textos, Madrid 2002, abreviado en Cartujano

de un profeta; no se dice: desde ahora te envío, sino: “Éste es mi Hijo amado”; se revela así la preexistencia de Cristo, su divinidad, que Jesús, siendo hombre como todo hombre, no era el hijo de José, ni un pecador más que necesitaba hacer penitencia para ser enviado. El Cartujano comenta:

“Este es mi Hijo muy amado y más amado que todos los otros, porque no es hijo adoptivo, por gracia, como los otros, mas es Hijo natural [...]. Pues dice agora el texto *en el cual yo me di contentamiento*, que quiere decir en el cual mi voluntad será cumplida para salud del linaje humanal. Mas otro evangelista dice así: *Tú eres mi Hijo muy amado y en ti tuve yo por bien lo que me place* (Mc 1), esto es, en ti y por ti establecí lo que me place hacer, que es redimir el linaje humano” (p. 88).

Como lector del Cartujano, Ignacio pudo conocer bien estos matices teológicos del bautismo de Jesús, en cuanto anuncio de su obra redentora: humillación y exaltación, cruz y gloria (Fil 2,9-11). Siguiendo los textos del Evangelio, los Ejercicios presentan a continuación cómo Jesús “después de haber sido bautizado fue al desierto, donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches” (EE 244,1). De este modo se enlaza el desierto de Jesús con los cuarenta años del pueblo de Israel en el desierto del Sinaí, donde ayunó y fue probado con diversas tentaciones, o sea, la relación tipológica de Jesús con Israel, iniciada en los relatos de la infancia, se prolonga con el episodio de las tentaciones.

La persecución de Herodes muestra la hostilidad a que Jesús se enfrenta ya desde niño. Ahora, después de recibir el bautismo, esta hostilidad expresa una nueva dimensión. El Cartujano dice: “La razón porque Cristo fue traído al desierto por el Espíritu Santo, el cual lo había autorizado y señalado en el bautismo, es porque a los que el Espíritu Santo hace llenos de sus dones luego los envía a pelear y les da fortaleza, y por eso quiso ser traído al desierto que es el lugar de la batalla y adonde pelean con las asperezas” (p. 90).

En Mateo y en Lucas, que son los textos que citan los Ejercicios, las tentaciones aluden a textos del AT. Mateo da a entender, como ya se ha indicado arriba, que Cristo es el Israel verdadero; éste fue elegido como “hijo primogénito” (Ex 4,22); estuvo en Egipto y es conducido a través del desierto a la tierra prometida. Pero Jesús es el verdadero “Hijo único de Dios” (Mt 3, 17); como tal vive la experiencia de Israel: fue a Egipto y ahora es conducido libremente al desierto, donde se siente abatido, hambriento, desolado. “Llegándose el tentador le dice: Si eres Hijo de Dios, di que esta piedras se conviertan en pan” (EE 274,2). Se pone en duda la divinidad que el bautismo ha revelado. Mientras que Israel ante las penurias del desierto protestaba a Iahvé, recordándose de las cebollas que comía siendo esclavo en Egipto,

Jesús pone en Dios toda su confianza resaltando que por encima del alimento material, está el espiritual de la palabra de Dios.

El objetivo central de la tentación es desviar a Jesús de su misión salvífica, proponiéndole el mesianismo temporal y político de aquel tiempo, que atraía con prodigios espectaculares, como sería lanzarse desde el pináculo del templo, ya que los ángeles lo recogerían. El tentador va incluso más allá: “todo esto te daré, si postrado en tierra me adorares”. Se le pide a Jesús lo mismo que se pidió a Adán para alejarlo de Dios: obediencia a la fascinación del poder del demonio (Gén 3,2-6), en oposición al plan de Dios. Obviamente no se trata en todo esto de simples tentaciones de gula, vanagloria o ambición, sino de idolatría e de apostasía “de usurpar, a manera de rapiña, la honra y la gloria de la majestad divina” (Cartujano p. 92).

Con la fidelidad a su misión, Jesús ha superado los ardides de las pruebas, pero el enemigo no se da por vencido. Las amenazas continuarán durante toda la actividad apostólica de Jesús y se afirmarán con más fuerza en el momento de la pasión (Lc 22,53). Entonces se mostrarán cómo los poderes del mal y del pecado son verdaderamente fuertes y agresivos, pero impotentes para separar al Hijo de su Padre. Así, al final “vinieron los ángeles y le servían” (EE 247): “Miraban los ángeles en él con toda reverencia y, considerando que él es el verdadero Dios y Señor y Criador de todo el mundo, el que da mantenimiento a toda creatura, de tal manera humillado y menesteroso de mantenimiento corporal, y que comía como si fuese otro alguno del pueblo” (Cartujano p. 93).

Después del bautismo y de las tentaciones, los Ejercicios, en sintonía con el texto evangélico, traen el momento en que Jesús llama a su seguimiento. Elegido de Dios, elige a su vez a los que considera idóneos para colaborar en su misión salvadora:

“Primero: tres veces parece que son llamados San Pedro y San Andrés: primero a cierta noticia; esto consta por San Juan en el primer capítulo; secundariamente a seguir en alguna manera a Cristo con propósito de tomar lo que habían dejado, como dice Lucas en el capítulo quinto; terciamente para seguir para siempre.

2º: llamó a Philipo, como está en el primer capítulo de San Juan, y a Mateo, como el mismo Mateo dice en el nono capítulo.

3º: llamó a los otros apóstoles de cuya especial vocación no hace mención el Evangelio” (EE 275).

El proceso de la llamada y formación de los discípulos, visto desde los cuatro evangelios, como hacen los Ejercicios, no parece que fuese tan mo-

mentáneo y estilizado, como tantas veces se presenta, sino mucho más lento y complejo. Ya la meditación del “Rey eterno”, que es prólogo y prólogo de la 2ª, 3ª y 4ª Semanas, presentó el tema de la elección vocacional, enunciado en el Principio y fundamento, como la tarea principal de los Ejercicios; de esta manera, Jesús no es sólo objeto de elección, sino también sujeto de ella. Él no había sido elegido ni bautizado en cuanto Verbo divino junto al Padre. Él fue elegido en su realidad humana pero, en cuanto persona divina, es el Dios que elige y llama: “ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de él todo el universo mundo al cual y a cada uno en particular llama” (EE 95).

La llamada personal no viene simplemente de una persuasión subjetiva, tantas veces expuesta a ilusiones y errores; viene del hecho de que esta llamada se inscribe en la universal a la santidad, como el Vaticano II ha acentuado. El proyecto o diseño eterno, que Dios tiene con respecto al mundo y a cada ser humano, puede variar según su voluntad. Según la Escritura, Dios no da la vida y después la vocación, sino que con la vida de cada ser humano ya se recibe un proyecto vocacional, aunque, ciertamente, está por descubrirse personalmente¹⁰.

Por ello en esta meditación se pide: la “gracia... para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad” (EE 91). Si dependiera sólo del creyente adherirse a la voluntad de Dios, bastaría entusiasmo y generosidad. La iniciativa, para aceptar el llamamiento del “Rey eterno”, es, en cambio, una moción gratuita del Espíritu Santo, que despierta en el creyente el deseo de conformar su vida a la de Cristo, disponiéndose a su llamada más radical con “la oblación de mayor estima y momento”: “yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir en tal vida y estado” (EE 98).

Conviene subrayar que no se trata de una petición, sino de una oblación, en la que el ejercitante expresa su disposición plenamente consciente de seguir de modo radical a Cristo, pero no pide todavía la gracia de poderlo realizar, debido a que su conocimiento de Cristo es aún insuficiente. Para que el creyente pueda dar una respuesta firme y segura tiene que conocer más directamente quién es este Jesús; es menester estar con él, compartir sus criterios, sus ideales y preferencias, trabajar y vivir con él en las alegrías y tristezas de la vida, porque siguiéndolo en la pena se lo siga también en la gloria (EE 95).

¹⁰ Abran, Moisés, los profetas, María, los apóstoles, Pablo, etc. Cf “Vocación”: *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, vol. II, Madrid 2007, 1784 ss.

Con este fin se presentan otros misterios de la vida pública, comenzando por el primer milagro. La “primera de las señales que Jesús realizó en Caná de Galilea” (Jn 2,1-11) se presenta en los Ejercicios acentuando un aspecto de la persona de Jesús, que los discípulos aún no habían reconocido; María se limitó a hacer notar la falta de vino, pidiendo que se ponga remedio a una situación embarazosa: Jesús “convirtió el agua en vino, manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos” (EE 276,3º). La fe de los discípulos era todavía superficial, no habían descubierto plenamente el verdadero ser de Cristo. El Cartujano comenta:

“E por la potencia de la divinidad por la cual hizo estas cosas, manifestó cuán glorioso es, mostrando por operación de la virtud divina que era señor de las virtudes y rey de la gloria y esposo de la Iglesia, el que todas las cosas pudo criar, y el que, así como Señor de los señores, pudo, cuando quiso, mudar los elementos... *Creyeron en él sus discípulos*, significando que creyeron con más firmeza y perfección que creían antes del milagro [...]; llámase discípulos por el conocimiento que de él tenían, y porque ya de alguna manera lo seguían y por amor entrañable que entre ellos y él estaba” (p. 100).

Se indica, además, “cómo los apóstoles eran de ruda y baja condición” (EE 275); de esta forma se expresa sobre todo la gran desproporción que hay entre lo que ellos son y pueden dar de sí y la alta misión a la que Jesús los destina. Elegir para continuar la misión salvífica de Cristo a personas de tan pocos recursos humanos parece algo inoportuno e imprudente. Sin embargo, el modo de proceder de Cristo, siendo paradójico, tiene un claro objetivo, que Pablo resalta: “Dios ha elegido lo necio según el mundo para confundir a los sabios, y a lo débil y despreciable y a aquellos que eran nada para anular a los que son algo” (1Cor 1,22-30). Por ello, pese a sus pocas aptitudes recibieron “los dones y gracias por las cuales fueron elevados sobre todos los padres del nuevo y viejo testamento” (EE 275,3). Pero esta “dignidad” es a la vez una responsabilidad, porque es dada en razón de la misión a realizar.

Elegidos por Jesús mediante el Espíritu (He 1-2) y según la voluntad salvífica del Padre. La relación con Jesús conlleva una comunión creciente con su persona. En la petición de la 2ª Semana, que es invariablemente la misma, se pide “conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (EE 104); de modo que, al estar en comunión con Cristo, se participa directamente de su misión: “quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo” (EE 95,1). O, como dice Mc 8,34: “El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga”. Pero en los Ejercicios, como hemos visto, se habla más bien de “ir

con”¹¹. Los evangelios designan seguidores (*mathetés*) no sólo a los discípulos, sino a todos aquellos que acompañan a Jesús, aunque lo sigan sólo de modo ocasional (Mc 3,7; Lc 7,9) o en sentido amplio (Mc 2,15).

El “conocimiento interno” de Cristo requiere todavía profundizar más en la comprensión de su persona y mensaje. El relato de la purificación del templo (EE 277) permite descubrir a los principiantes seguidores de Jesús la diferencia existente entre él y el judaísmo oficial. Si en las bodas de Caná pudieron admirar su potencia divina para cambiar los elementos, ahora en Jerusalén la acción soberana de Jesús, echando a los mercaderes del templo, muestra el choque de su mensaje con la religión establecida; lo que da a entender que su seguimiento llevará a situaciones difíciles y muy conflictivas.

El texto citado en los Ejercicios, Jn 2,13-22, resalta una distinción que en la perícope joanea no se halla: “2.º: derrocó las mesas y dineros de los banqueros ricos que estaban en el templo. 3.º: a los pobres que vendían palomas mansamente dijo: (*Quitad estas cosas de aquí y no queráis hacer de mi casa casa de mercadería*)”. Esta diferencia de trato denota una atención especial para con los pobres, que aparece en el siguiente misterio, en las *Bienaventuranzas*, con claridad, al ser los pobres los primeros en declarar “bienaventurados”. En Mt 5,3-20 se trata de ocho sentencias breves dentro del sermón de la montaña, dirigidas no a todos los que le siguen, sino a “sus amados discípulos” (EE 278), que aparecen como personas que son pobres en contraste con otras que son ricas; pero el acento se pone más en la pobreza espiritual, caracterizada por la humildad y la serena paciencia, y sólo es posible mediante un profundo desprendimiento de sí.

Es también el caso de los que lloran y de los “mansos”, que traducen la palabra hebrea *anawim*, una disposición total y confiada en el poder divino pese a toda tribulación. El acento está puesto en las disposiciones interiores a conformarse con la voluntad de Dios, con su justicia; a la que se aspira de modo ardiente, expresada con la imagen del hambre y de la sed, y de la que no puede apartar ni siquiera la persecución. Desde el momento presente la felicidad eterna que ellas proclaman está unida a una esperanza, que pertenece a los pobres de espíritu, a los que sufren, a los mansos, a los perseguidos, a los limpios de corazón, a los misericordiosos y a los que construyen la paz. Lo que significa profundizar bíblicamente el mensaje de Cristo en Dos Banderas.

¹¹ Algunos pensaron que Jesús, al ser llamado rabí (Jn 1,38), se relacionaba con sus seguidores según el modelo que se hallaba en el judaísmo entre el maestro y sus discípulos, que lo escuchaban y seguían andando en pos de él, aprendiendo a interpretar la ley judaica.

Singularidad del mesianismo de Jesús, envío de los discípulos

Cierto, que los discípulos no alcanzaron fácilmente la comprensión de este mensaje, sino de modo lento e incierto, y sólo llegó a su plena comprensión con la resurrección y la venida del Espíritu Santo. Él les dio a “conocer toda la verdad” sobre Cristo, “los misterios del reino” (Mc 4,11) en profundidad (Jn 2,22; 16,12; He 2). Y es el Resucitado el que los manda de modo definitivo y universal: “Los envió por todo el mundo a predicar, diciendo: *id y enseñar a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*” (EE 307,3). Mientras Jesús está en medio de ellos, no comienza la verdadera misión, sino sólo la preparación, la instrucción, dándoles poderes para sanar (Lc 9,1); pero los verdaderos poderes espirituales y la potestad-servicio sobre los creyentes se los promete para el tiempo pascual (Mt 16,16-19).

Los prejuicios de aquel tiempo, que esperaban un mesías y un reino del cielo políticos, dificultaban seriamente llegar a entender lo que Jesús anunciaba. Pese a todo, Jesús no cesó de predicar en forma asequible, con ejemplos y parábolas, el Reino, el misterio de la salvación, que no se revela de forma aparatosa y fascinante, sino con la sencillez del grano de trigo que crece sin llamar la atención (Mc 4, 26-29), mezclado entre la cizaña (Mt 13, 31-32); pero también como una luz resplandeciente o como el esplendor de una ciudad edificada en la cumbre de un monte, que sobre el mal y el pecado irradia luz, de la que los discípulos deben ser testimonio viviente (Mt 5, 13-16): “*Así vuestra luz alumbre delante los hombres, para que vean, vuestras buenas obras y glorifiquen vuestro Padre, el cual está en el cielo*” (EE 278,3).

En el sermón de la montaña, al par que se anuncian las disposiciones esenciales del Reino, se menciona con insistencia al Padre, y todo lo asume la oración del “Padre nuestro”, en la que se pide la pronta venida de su reino, que consiste en una fuerza de salvación, vencedora de las fuerzas del mal y del pecado. Aquí ha venido alguien que es mayor que Moisés (Mt 5, 21-48), con conciencia de grande autoridad, por encima del legislador del primera alianza, pero no le lleva a mostrarse “trasgresor de la ley, mas consumidor, declarando el precepto de no matar, no fornicar, no perjurarse y de amar a los enemigos: (*Yo os digo a vosotros que améis a vuestros enemigos y hagáis bien a los que os aborrecen*)” (EE 278,3).

O sea, que no ha venido para abolir la ley de Moisés, sino para completarla, darle plenitud con un precepto nuevo y decisivo. De este modo la vida del discípulo adquiere una relación filial con Dios, pudiendo llamarlo “Abba”; la paternidad común, a su vez, hace posible que los prójimos se con-

viertan en hermanos, y al igual que Cristo estén dispuestos a amar incluso a los enemigos; lo que significa suprimir la aplicación del *ius talionis*.

Jesús no sólo instruye a los discípulos con la palabra, sino también con hechos, con obras. El milagro-signo de las bodas de Caná tuvo ya, como vimos, un impacto decisivo para que los discípulos reconocieran los poderes divinos de Jesús y creyeran más firmemente en él. Con todo, los Ejercicios, ven la necesidad profundizar más en la persona de Jesús aduciendo otros milagros que afiancen la fe en Cristo. En el milagro de la tempestad los discípulos atemorizados despiertan a Jesús que se había dormido en la barca, “a los cuales por la poca fe que tenían reprende diciéndoles: ¿Qué teméis, apocados de fe? (EE 279,2). Según el Cartujano, Jesús les reprende dos cosas:

“La primera es que eran de pequeño corazón, porque no debieran, pues que le habían visto hacer tantas maravillas, y pues que el que a él se allega no puede perecer. La segunda es la poquedad de la fe, ca no creían poder Cristo tanto durmiendo como velando o poder tanto en la mar como en la tierra [...]: En los Apóstoles está guardada y resplandece, como en verdadera pintura, la imagen y el fruto de las tribulaciones que el coro de los justos en esta vida padece, porque sepamos que ninguno puede pasar del destierro de esta vida para la otra sin tentación y fatiga, porque el ejercicio de la fe no es otro sino contienda y batalla” (p. 130).

Es una dimensión de la fe que ya la meditación de Dos Banderas resaltaba como un enfrentamiento a las tentaciones y al cansancio en el camino emprendido; puede darse una verdadera conversión y faltar la fuerza para superar las dificultades, las dudas y los temores que suelen obstaculizar la perseverancia en la vida de fe. Para vencer tal estado de ánimo, Jesús da sus discípulos un testimonio de su poder divino: “mandó a los vientos y a la mar que cesasen, y así cesando se hizo tranquila la mar, de lo cual se maravillaron los hombres diciendo: ¿Quién es éste, al cual el viento y la mar obedecen?” (EE 279,3).

Este testimonio de la divinidad de Jesús se corrobora con el siguiente milagro: “La navecilla era combatida de las olas, a la cual Cristo viene andando sobre las aguas, y los discípulos pensaban que fuese fantasma” (EE 280,2); se llenaron de turbación y espanto, pero Jesús les dice: *Soy yo, no queráis temer*. El temor y la zozobra cesaron. Pedro da muestras de confianza en el poder de Jesús y le pide ir hacia él andando sobre las aguas, pero, al arreciar el peligro, comienza a dudar y a hundirse, “mas Cristo nuestro Señor lo libró, y le reprendió su poca fe, y después entrando en la navecilla cesó el viento” (EE 280, 3).

La fe de los discípulos seguía, pese a todo progreso, siendo frágil e imperfecta, ya que todavía no habían recibido la acción pentecostal, con todo, Jesús procede a enviarlos. El Cartujano dice:

“Pues porque muchos seguían al Hijo de Dios, así por oír su predicación como por recibir salud de sus enfermedades y él era tan pobre que no tenía un retraimiento pequeñuelo ni una piedra en que reclinar su cabeza, las gentes que lo seguían, cansadas y atormentadas de andar tras él, echá-bansé debajo de alguna sombra sobre la tierra [...], andando como ovejas que no tienen pastor que las encamine; en lo cual reprende a los pontífices de los judíos, que eran más lobos que pastores... Así que la vejación y tormentos de las ovejas y las negligencias de los pastores, fue ocasión de enviar el Señor a los apóstoles a predicar al pueblo y a sanar los enfermos” (p. 137).

Con este fin Jesús les da “potestad de echar los demonios de los cuerpos humanos y curar todas las enfermedades” (EE 281,1); esto es, el poder que se concede a los discípulos está en consonancia con la magnitud de su misión: ellos deben hacer incursiones en el terreno del mal, sea de origen demoniaco o psico-somático (Mc 6,7; Mt 10,8; Lc 10,19); es decir, tienen que continuar la acción sanadora y liberadora de Jesús: con él ha comenzado el fin de las fuerzas del mal, del pecado y de la muerte, y está empezando el tiempo del perdón, el reino de la salvación (Mc 1,24-25; Lc, 11,20).

Además, se les instruye a ejercitarse en “la prudencia y paciencia: (*Mirad que os envió a vosotros como ovejas en medio de lobos; por tanto, sed prudentes como serpientes y simplices como palomas*) (EE 281,2). El discípulo debe estar dispuesto a padecer por razón de la misión recibida. Jesús les previene de que son enviados sin protección, “como ovejas en medio de lobos”, sin defensa. La situación puede llegar incluso a que la misión ponga en peligro la vida del discípulo. En todas partes van a ser rodeados por la hostilidad y el odio. La suerte que los aguarda es finalmente el martirio. Sin embargo, el discípulo, probado con peligros y tentaciones diversas, todo lo podrá superar si permanece unido a Cristo (Lc 22,28). En el Cartujano se lee:

“Pues dice: ‘catad que os envió’, porque cuando fuere considerado el poder del que envía, no se tema la grandeza del peligro. Onde San Crisóstomo dice: pues sepamos cuál era la consolación de estos: ciertamente no era otra sino la virtud del que los enviaba, y por esto antes de todas las cosas dijo: catad que yo soy el que os envío... Así que cosa es muy clara: ser muy grande el poder y autoridad del que los envía, y que su virtud es tan inexpugnable que no puede ser vencida” (p. 141).

Respecto a la relación entre la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma, resalta el Cartujano lo pertinente y acertado que es para el discípulo unir ambas virtudes, “porque la simpleza sin la prudencia de ligero puede ser engañada, y la prudencia peligrosa es para engañar, si no se temperare con la llana simpleza... Pues sed prudentes como las serpientes, para entender los engaños, y sed simples como palomas para perdonar las injurias” (p. 142).

Asimismo les da “el modo de ir: *No queráis poseer oro ni plata; lo que graciosamente recibís, dadlo graciosamente* (EE 281,3). Los discípulos deben estar desligados del interés lucrativo y de toda recompensa, olvidando el bien que hayan hecho (Mt 25,37-40). En el ámbito del reino el motivo principal de tal desprendimiento es la gratitud por haberlo encontrado de modo tan insospechado, como muestra la parábola del tesoro escondido (Mt, 13,44s). El que lo ha hallado, se siente poseído de inmensa alegría. Lo deja todo para adquirir el tesoro.

Desde este contexto se entiende mejor la exigencia de Jesús a renunciar a las propiedades (Lc 14,33), pero tales bienes no entran a engrosar las posesiones comunitarias, sino que se deberán entregar a los pobres (Mc 10, 21). Quien hace esto, acumula un tesoro en el cielo (Mt 6,20), pone todos sus bienes en las manos de Dios. Así también lo explica el Cartujano: “E la razón porque tan estrechamente los defendió de la posesión de los bienes temporales es, porque en aquella manera convenía vivir en la iglesia primitiva y de nuevo fundada, y porque mostrasen todas las cosas de ella ser gobernadas por la dispensación y providencia del cielo” (p. 139).

Les da también “materia de predicar: *Yendo predicareis diciendo: ya se ha acercado el reino de los cielos*” (EE 281), lo que significa seguir con el mismo anuncio que hace Jesús y de la misma manera: con la palabra y con las obras. El Cartujano comenta esto exhortando:

“Predicad que muy cerca viene la hora en que se ha de abrir la puerta del reino celestial por mi pasión; el cual estaba antes de la venida del clementísimo Cristo muy lejos, porque ninguno podía entrar en él [...] O ¿qué quiere decir esta palabra: *E acercase el reino de los cielos?* Acercase Cristo que es el dador del reino de los cielos” (p. 138).

En efecto, el Reino, “basileía”, es el mismo Cristo que lo proclama. Durante la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén, la gente aclama la llegada del reino en la persona de Jesús (Mc 11,9 s.); es decir, con él el reino de Dios irrumpe en la tierra y comienza a manifestarse. W. Kasper destaca la diferencia de esta visión del NT respecto al AT, de modo que la idea de la soberanía de Dios adquiere en la predicación de Jesús una profundización que supera

con creces el concepto de ésta en el AT. El reino de Dios consiste en la soberanía del amor que Jesús revela perdonando¹².

Esta nueva forma de amar se manifiesta en el siguiente misterio de Cristo, que es el de la mujer que entra en la casa de Simón el fariseo donde Jesús ha sido invitado y está sentado a la mesa (Lc 7, 36-50)(). Ella trae un vaso de alabastro con unguento, se acerca los pies de Jesús, con lágrimas los riega, con los cabellos los enjuga, los besa, y los unge. Como el fariseo pensaba para sí que Jesús no podía ser un profeta, pues conocería que esta mujer era una pecadora, Jesús la defiende, diciendo: “*Perdónanse a ella muchos pecados, porque amó mucho; y dijo a la mujer: Tu fe te ha hecho salva, vete en paz*” (EE 282).

Los fariseos no atribuyen a Jesús el rango de profeta (Jn 7,52), entre otros motivos, porque no lo creen capaz de conocer la interioridad de las personas, ya que en realidad es un pecador que no observa la ley (Jn 9,16). En cambio, en esta escena Jesús da claras muestras de conocer los sentimientos de esta mujer: cómo ella ha sentido profundamente el perdón divino. Dios le ha perdonado mucho y ella responde con un amor desbordante. O sea, la salvación de Cristo consiste en que llega a ser realidad el amor de Dios, el perdón, la paz, la reconciliación. El Cartujano comenta:

“Por lo que dicho es, parece que ningún pecador debe desesperar de la clemencia de Dios, ca muy aparejado está para soltar las deudas a todos y para revocar y traer los penitentes al reino de los cielos... Así que no desesperemos por la grandeza de nuestros pecados pues que tantos y tan diversos testigos tenemos de la soberana clemencia del muy Alto...” (p.147).

Se acentúa cómo la salvación de Cristo produce el perdón de los pecados y aumento de la fe. Pero también conoce una esperanza de salud del cuerpo. Esta preocupación por el cuerpo, por lo material se manifiesta en los diversos milagros de curación y en la multiplicación de los panes y los peces (Mt 14, 13-21).

Los discípulos notan que la gente que acompaña a Jesús, no ha comido; pero en lugar de preguntarle: ¿qué se puede hacer?, le dicen que los despi-da. Jesús, por el contrario, manda que le traigan los panes y los peces, que alguno llevaba, los bendijo y partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud. *Comieron y hartáronse, y sobraron doce espuertas* (EE 283). El Cartujano observa:

“De donde parece ser cierta cosa que todos comieron y fueron hartos, porque esta abastanza significaba la hartura celestial en la que serán compli-

¹² W. KASPER, Jesús el Cristo, Salamanca, 1984, 96.

damente los santos hartos y satisfechos del gusto y fruto de la gloria perdurable... E, según dice san Cirilo (super Lucam), todo aquello sobró porque se mostrase por manifiesta certidumbre que por muy grande que sea la obra de caridad que con los prójimos hacemos, que muy más sobrada merced se alcanza de Dios de la que por su amor dimos”(p. 151s.).

Jesús no reparte personalmente la comida; encarga para ello a los discípulos, porque quiere su colaboración. El milagro les ayuda a vivir el seguimiento de Cristo, que significa también testimoniar su caridad con la esperanza de participar de la abundancia del banquete del reino.

Hacia el final de los misterios de la vida pública colocan los Ejercicios la escena de la transfiguración; lo que coincide con los evangelios de Mateo y Marcos; Lucas la sitúa al final de la actividad de Jesús en Galilea, poco antes de ir a Jerusalén a la pasión (Lc 9,51). Los tres sinópticos narran el hecho con pequeñas diferencias. El texto indicado en los Ejercicios es Mt 17,1-19. El significado más próximo al modo como Ignacio lo entendió, lo da otra vez el Cartujano, que descubre en ella una teofanía trinitaria:

“El Padre en la voz, el Hijo en la carne humana, e el Espíritu Santo en la nube; por lo cual se da a entender que la gloria de los santos consiste en el uso del gozo perdurable de la beatísima Trinidad. E así como San Pedro, vencido de la dulcedumbre de aquella claridad, quiso hacer tres moradas, así tiene el hombre en su ánima otras tres, y son tales que no puede morar en ellas Moisés, Elías, mas sólo la Trinidad se aposenta con deleitable recreación en ellas, según aquello que san Juan dice que el Señor dijo, por consolación y por galardón de los que lo aman, si alguno me amare guardará mi palabra, y a él vendremos y acera de él haremos morada” (p. 160).

En los Ejercicios se resalta que “sonó una voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo amado, oídle*” (EE 284,3). En este detalle está la diferencia fundamental respecto a la teofanía del bautismo, que se dirige especialmente a Jesús para instituirlo en su misión de predicar el reino de Dios; la transfiguración, en cambio, se dirige a los apóstoles y a través de estos a todos los creyentes, para urgirles a escuchar la palabra, no ya de un grande profeta, como Moisés o Elías, sino del mismo Dios, por ello al oír esto, continúan los Ejercicios, “de temor cayeron sobre las caras”, a lo que el Cartujano comenta:

“No es hijo adoptivo ni hijo por gracia de espiritual justificación, mas hijo verdadero y natural y muy amado. Como Hijo mío propio que procedió y siempre procede de mi propia sustancia y naturaleza, y no es criado ni causado por otra vía [...]: No es mi Hijo Elías, no es mi Hijo Moisés, mas este es mi Hijo que veis... Este es mi Hijo en que me deleito y en el huelgo y al cual acepto. E dícelo, porque todas las cosas que son del mismo Padre pone por

obra con diligencia el Hijo muy obediente, y porque es una propia voluntad la suya, la del Padre, y por ende si quiere ser crucificado, no se le contradiga, a él oíd más que a Moisés y a Elías” (p. 161).

Mesianidad gloriosa, sí, pero pasando por los sufrimientos del siervo de Iahvé, a través de la cruz. Un mesianismo cuya grandeza se deriva precisamente de la dimensión pascual de muerte y resurrección. De este modo, se enlaza, a su vez, con el siguiente misterio, que narra la resurrección de Lázaro (EE 285). Jesús devuelve la vida física a Lázaro como signo de sus poderes divinos para comunicar la vida eterna.

La primera parte del relato cuenta las circunstancias que preceden al milagro. Marta y María hacen saber a Jesús la enfermedad de Lázaro. Pero Jesús no va inmediatamente a Betania a ver a Lázaro, sino que, como subrayan los Ejercicios, “se detuvo por dos días para que el milagro fuese más evidente”. El Cartujano añade las palabras de Jesús:

“Esta enfermedad no es de muerte para que haya de morir de ella, mas para gloria de Dios y porque sea glorificado el Hijo de Dios por ella. E dijo esto porque este milagro fue demostración de su virtud, porque por la resurrección de San Lázaro se declaró en Cristo la verdad de su deidad, y éste era el fin de la enfermedad” (p. 165).

Los Ejercicios resaltan cómo Jesús antes de resucitar a Lázaro pide a las dos hermanas que crean: *“Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque sea muerto, vivirá”*. Marta muestra su confianza en la fuerza salvadora de Jesús. Pero su fe está orientada según la visión de la fe de algunos sectores judíos (Dan 12,1-3) que la esperaban sólo a “los últimos días” (Jn 9,24). Jesús, al decir que él es “la “resurrección y la vida”, está anunciando además que la esperanza escatológica es con su persona ya realidad concreta.

La reacción de los presentes a la resurrección de Lázaro no es unánime, mientras unos llegan a creer en Jesús, otros lo denuncian ante las autoridades de Jerusalén, de modo que éste milagro-signo, según Juan, es la causa inmediata de la condena del sanedrín. O sea, el mensaje que se trasmite es claro: el dador de la vida va a ser condenado a muerte. El Cartujano comenta:

“Pues sabiendo el Redentor del mundo que los judíos habían ya en su ayuntamiento determinado su muerte, y acercándose ya la fiesta cuando el cordero pascual se sacrificaba, vino del lugar donde estaba escondido con sus discípulos tornándose para la ciudad de Jerusalén, de la cual había huido y viéndose como cordero que viene al sacrificio, y porque así fuese sacrificado por nuestra redención” (p 167 s.).

Antes de entrar en Jerusalén los Ejercicios colocan el misterio de la cena en Betania según Mt 26, 6-10. Mientras en Mateo la cena es en casa de Simón el leproso, en Juan (12,1-11) se menciona a Lázaro, Marta y María, dando por sobreentendido que la cena es allí. En los Ejercicios, sin embargo, siguiendo al Cartujano (p. 167), parece que se unifican los dos textos, al decir: “Primero: el Señor cena en casa de Simón el leproso, juntamente con Lázaro. 2º derrama María el unguento sobre la cabeza de Cristo” (EE 286,1-2). El Cartujano comenta:

“Es de notar que aquel servicio de reverencia y amor, que otra vez hizo al Salvador esta devota mujer, que fue cuando se convirtió, y le fueron perdonados sus pecados, porque amó mucho a Dios. Mas hay diferencia, ca entonces no le untó sino los pies y después le vino a untar la cabeza, y ahora mereció unguir la cabeza y los pies muy preciosos por manera que entonces lo untó con unguento de penitencia y ahora lo mereció unguir con unguento y licor de devoción” (p. 169) (*).

A la acción de María se contraponen el desacuerdo de Judas: “3º: Murmura Judas, diciendo: *Para qué es esta perdición de unguento?*; más él (Jesús) escusa otra vez a la Madalena diciendo: *¿Por qué sois enojosos a esta mujer, pues que ha hecho una buena obra conmigo?*” (EE 286,3). O sea, Jesús acepta la unción de María en Betania como si fuese un anticipo del embalsamamiento de su cuerpo, que tendrá lugar con su muerte una semana después. El Cartujano añade en boca de Jesús:

“Dejad que haga al vivo, en tanto que puede, lo que querrá hacer al muerto y no habrá lugar de lo hacer... E en estas palabras confundió el Redentor a Judas el traidor, como si le dijera: *¿Con qué conciencia afrontas a esta mujer porque unge mi cuerpo para la sepultura y no confundes a ti mismo que por la traición, que tienes pensada, te pones en manos de la muerte perdurable?*” (p.170).

A la unción en Betania sigue la entrada en Jerusalén:

“Primero: el Señor envía por el asna y el pollino diciendo: *Desatadlos y traédmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, decid que el Señor los ha menester, y luego los dejará.*

2º: subió sobre el asna cubierta con las vestiduras de los apóstoles.

3º: le salen a recibir teniendo sobre el camino sus vestiduras y los ramos de los árboles y diciendo: *Sálvanos, Hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor. Sálvanos en las alturas*”(EE 287).

En estos textos tomados de Mt 26, Jesús entra en Jerusalén como su Rey, pero no sobre, un airoso caballo de potentado, como haría un mesías político, sino sobre un animal inmundo, rudo y lerdo, que muestra un mesianismo humilde, de servicio y sufrimiento. En el Cartujano se lee:

“E añadieron más las compañías en las alabanzas de Cristo diciendo: *E bendito seas tú que eres verdadero Rey de Israel*. En esto confiesan la potencia del Redentor, aunque con algún defecto, porque creían que había de reinar según estilo de reino temporal y que los había de librar de ser tributarios de los romanos. Él había venido a reinar espiritualmente y a librar todo el linaje humano del diablo, lo cual era y fue mayor cosa que librar a Israel del tributo de los romanos” (p.176).

Y, refiriéndose a la frase *Sálvanos en las alturas*, se añade: “en lo cual de manifiesto se muestra que la venida de Jesucristo no fue solamente salud de los hombres, mas aun de todo el mundo en los cielos y en las tierras, y que ayuntó las cosas de la tierra a las celestiales, porque toda rodilla se incline así de los ciudadanos del cielo como de los de la tierra y de los que está en los abismos (Flp 2,10)”.

Pero todo esto se llevó a cabo por medio de la cruz –de la más profunda humildad–, de aquí que la disposición óptima para la elección sea la tercera manera de humildad: “por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal que por sabio ni prudente en este mundo” (EE 167).

La trilogía –Banderas, Binarios, Humildad– es el hilo conductor de un proceso que comenzó con el Principio y Fundamento (EE 23), experimentó el perdón de la misericordia divina (1ª Semana), siguió con la llamada del Rey eternal, contempló algunos de los misterios de su vida, para desembocar en la elección vocacional, que lleva consigo la preparación a la misión (2ª Semana). Ésta expresa la vivencia profunda de la libertad en cuanto interiorización del yo del creyente en el yo de Cristo, hasta el punto de que en vez de seguir la “lógica”, está dispuesto a entrar en la “locura de la cruz” (1Cor 1, 23-25); lo que introduce en el misterio pascual, que se contempla en la 3ª y 4ª Semanas. Al seguimiento de Cristo sin entrar en su muerte y resurrección, le faltaría lo esencial, se reduciría fácilmente a una doctrina moral y social de amor a Dios y al prójimo, no sería la experiencia personal de la fidelidad a la voluntad del Padre hasta el *consumatum est*.

Hay que entrar en el misterio, en el que la kénosis del Hijo llega al límite y se transforma en gloria; esto es lo que hace que la elección vocacional no sea el final de los Ejercicios, sino el paso decisivo, como se ve en la experiencia de los apóstoles, para el pleno seguimiento de Cristo, para “venir en perfección en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir” (EE 135), es decir, para que la conformación a Cristo llegue a su

perfección, pidiendo, durante la contemplación de la pasión y muerte, “dolor con Cristo doloroso” (EE 203), y durante la resurrección, “la gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor” (EE 221).